

nombre es un baluarte contra todos los tiros de la impiedad. Á su invocacion los leprosos sanan, los ciegos ven, los muertos recobran la vida. Nada hay de sorprendente en que los pueblos se disputen la posesion de sus preciosos restos; en que los monarcas ansien una partecilla de su cuerpo; en que los Guidos, Iníigos, Manriques y Margaritas de Austria se manifiesten sus clientes y devotos; en que el paduano, el veneto, el conománés, el vicentino, el longobardo, el esclavon, el aquileyense, el alemán, el húngaro, el español, el frances, los pueblos todos corran con avidez á derramar sus preces ante su sepulcro, y que todo el orbe le aplauda, le venera y le tribute obsequios, porque fué mártir, vírgen, confesor, doctor, apóstol, predicador evangélico... en una palabra: luz enviada por Dios á derramar sus esplendentes rayos sobre multitud de gentes, provincias y naciones: *dedi te in lucem gentium.*

¡Oh luz brillantísima, astro refulgente del católico hemisferio! Desde esa mansion de eterno placer donde disfrutas de la vista clara de la Divinidad, no ceses de derramar tus resplandores sobre los que aún habitan esta tierra cubierta de las tinieblas y sombras de la muerte. Manifiesta tu valimiento en la presencia del Señor para con tus devotos y clientes, tú que mientras viviste fuiste el amparo universal de cuantos recurrían á ti en sus miserias é infortunios. Experimente el pueblo cristiano que no es vana y estéril la universal confianza que en tus méritos é intercesion coloca. Alcánzanos del Señor omnipotente una fe viva, una esperanza firme, una caridad inextinguible; gracia en fin para servirle y agradarle en el tiempo, y merecer por este medio disfrutar de su gloria en la feliz eternidad.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SANTANDER.)

Dilectus Deo, et hominibus Moyses.
Eccl., c. 45. v. 1.

Moises el amado de Dios y de los hombres Este es el magnífico élogio que dió el Espíritu santo en el capítulo XLV del Eclesiástico á aquel hombre extraordinariamente grande y admirable. No alaba á Moises por haber sido un hombre criado entre las delicias del palacio de Faraon, y que no se contaminó con el fétido ambiente de las adulaciones que frecuentemente circulan por los palacios de los príncipes. Tampoco dice que Moises fué un hombre que abandonó las riquezas y entretenimientos de la corte, por no perderse en ellos; y que viviendo retirado en el humilde ejercicio de pastor de ovejas, fué elegido por el mismo Dios para espanto de Faraon, terror de todo el Egipto, libertador famoso del pueblo santo, conductor y legislador suyo en el desierto, y en cuya mano, armada de la vara de los prodigios, brillaba todo el poder del Omnipotente. En nada de todo esto demuestra el autor sagrado el carácter de este hombre heróico, sino que pasando con un conocimiento sublime por encima de todas estas maravillas, le da á conocer á todas las generaciones por un hombre que era al mismo tiempo las delicias de Dios y de los hombres: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Y á la verdad, señores, ¿qué cosa mas grande podia decirse de Moises? Porque hacerse un hombre amigo de los hombres, siguiendo las máximas del mundo, teniendo parte en sus desarréglos, siendo cómplice en sus vicios, no contradiciendo sus

abusos, ni desengañándole de sus errores, prodigando en su obsequio sus caudales, y exponiendo por complacerle su quietud, su reputacion y su conciencia, es una cosa bastante fácil: es una cosa que cada dia nos enseña la experiencia con tristes ejemplares; pero esta, dice el apóstol Santiago, es una cosa que nos hace ser enemigos del mismo Dios (1). Agradar á los hombres no es difícil; pero ser al mismo tiempo siervo de Jesucristo, yo, decia el apóstol san Pablo, lo tengo, si no por imposible, por muy dificultoso (2). De la misma suerte, dedicarse un alma con todas veras al servicio de Dios, buscar únicamente su agrado en sus operaciones, observar puntualmente las severas máximas del Evangelio, estar en continua batalla contra sus pasiones, huir cuidadosamente de los peligros del mundo, aborrecer sus máximas, dar en rostro á sus partidarios con toda la fealdad de sus errores, y ser al mismo tiempo amado, respetado, alabado y venerado de los hombres, es un prodigio, es una maravilla: es, señores, una gracia extraordinaria y singular de un hombre tan grande como Moises: *Dilectus Deo, et hominibus Moyses.*

Ya estoy mirando en vuestro espíritu grabada con indelebles caracteres la imagen de san Antonio de Padua: ya estoy viendo con la mayor claridad en vuestro entendimiento la idea de su elogio: *Dilectus Deo, et hominibus*, el amado de Dios y de los hombres. Apenas me habeis oído lo que acabo de referiros de Moises, cuando casi sin libertad (tan natural y propio de san Antonio es este pensamiento) habeis reflexionado así: verdaderamente es muy difícil agradar á Dios y á los hombres á un mismo tiempo; porque sus pensamientos son distintos, distintas y casi opuestas sus operaciones, distintas sus máximas, distintos sus caminos, distintos los fines que se prefijan, y distintos los medios que aplican para conseguirlos; pero esta distincion, esta especie de contrariedad deja tal vez de serlo en las almas singularmente grandes como la de san Antonio. Él fué admirablemente amado de Dios, al mismo tiempo que los hombres le amaban extraordinariamente. Dios le amaba por sus heróicas

(1) *Quicumque ergo voluerit amicus esse sæculi hujus, inimicus Dei constituitur c. 4. v. 4.*

(2) *Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem. Ad Gal. c. 1. v. 10.*

virtudes, y los hombres por los beneficios que de él recibian. San Antonio era en la ley de gracia lo que Moises en la ley antigua, las delicias de Dios y de los hombres: *Deo, et hominibus.* No pretendo, señores, reformar vuestras ideas en esta parte: ellas son perfectamente conformes á las que yo habia formado en elogio de este gran santo; y así, para inspiraros un santo horror al vicio, que nos hace aborrecibles á Dios y á los hombres, vengo á deciros que san Antonio fué amado de Dios por sus virtudes: punto primero; y que san Antonio fué amado de los hombres por sus favores: punto segundo.

Quiera la Majestad divina de aquel soberano Señor sacramentado hacerme digno ministro de su omnipotente palabra, para que inspire en vuestras almas amor á la virtud y aborrecimiento al vicio, y logreis por este medio el mismo premio que logró san Antonio. Esta gracia os pedimos, Señor, por la intercesion de vuestra Madre purísima, á quien devotos y reverentes saludamos diciendo: *Ave Maria.*

PUNTO PRIMERO.

Es una verdad de fe que todas las cosas que salieron de las manos de Dios eran exquisitamente buenas. Nada de cuanto produjo su omnipotencia era imperfecto: nada era objeto de su odio ó de su aborrecimiento: todo lo amaba, y en ello tenia sus complacencias. Vió Dios el cielo, dice la divina Escritura, y era bueno: vió la tierra, y era buena: vió los elementos, y eran buenos: vió las flores, las plantas, los frutos, los peces, las aves y los animales: vió en fin todas las cosas, y eran muy buenas (1). Vió Dios tambien al hombre como la obra mayor de cuantas salieron de sus manos, y empleó con él todos los esfuerzos de su infinito amor. Le amó desde la eternidad, le amó ántes de criarle, y le amó despues que le crió. El pecado opuso un formidable obstáculo á este amor, haciendo al hombre hijo de ira por la corrupcion de la naturaleza, hijo de pena, hijo de muerte y del infierno; pero el amor divino tan ingenioso como activo, haciendo hombre al mismo Dios, proporcionó al hombre las virtudes, las gracias y los sacramentos, por medio de los

(1) *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona. Gen. c. 1. v. 31.*

cuales volviere el hombre á la comunicacion amorosa de su mismo Criador, de que el pecado le habia separado.

Es pues, señores, una verdad de nuestra católica religion, que Dios ama á todos los hombres: Dios quiere que todos nos salvemos, y á todos provee de medios oportunos para conseguir el cielo; pero por unos secretos é incomprensibles designios de su eterna sabiduría, derrama Dios con mas abundancia sobre unos los tesoros de sus misericordias que sobre otros. Uno mismo es el espíritu que comunica estas gracias á las criaturas, decia el apóstol san Pablo; pero las gracias son regularmente diferentes, segun la calidad de los sugetos que Dios elige para distintos ministerios (1). Á uno concede Dios en prendas de su amor la potestad de hacer milagros: á otro el discernimiento de los espíritus: á este el don de lenguas: á aquel el conocimiento de los sucesos futuros. Con tal orden divide Dios sus gracias y favores á sus escogidos, que ni todos son apóstoles, ni todos doctores, ni todos profetas, ni á todos concede la gracia de hacer curaciones, ni á todos la de entender y hablar idiomas diferentes, ni á todos interpretar las Escrituras. Sin embargo de esta ley comun y universal, vemos con asombro reunidas en el alma de nuestro Antonio todas estas gracias y favores del cielo en demostracion evidente del grande amor que Dios le tuvo.

Porque con efecto, Antonio cura enfermedades, Antonio descubre los secretos del corazon, Antonio penetra las Escrituras, Antonio previene los sucesos muy anticipadamente, Antonio habla en varias lenguas, Antonio obra maravillas, Antonio se vió lleno de sabiduría celestial. Si se habla de apóstoles, Antonio no solamente hace las funciones de apóstol, sino que de su escuela de fuego salen apóstoles al mundo en las personas de los Bernardinos, los Capistranos, los Simaringas y Leonisas, que anuncian la palabra de Dios á todas las naciones con los mas copiosos frutos. Si se trata de doctores, él no solamente lo fué, sino que les abrió camino para serlo á los Buenaventuras, Escotos, Ales y otros innumerables. Si se habla de maestros, Antonio fué maestro, no así como quiera, sino el primero de la órden seráfica instituido con patente del mismo Patriarca san Fran-

(1) *Divisiones verò gratiarum sunt, idem autem Spiritus. I. Ad Cor. c. 12. v. 4.*

cisco: fué como el maestro de los maestros, y el primer catedrático que empezó á leer en la órden las ciencias escolásticas, dogmáticas y morales. Por su boca han hablado en las universidades y academias literarias tantos sabios teólogos, que han hecho enmudecer á la herejía, que han desterrado la impiedad, y llenado de gloria al Vaticano. Si se trata de mártires, todo el mundo sabe que Antonio partió á Marruécós por el laurel del martirio; y si no fué víctima de la tiranía, lo fué ciertamente de su celo y caridad. Si se trata de vírgenes, Antonio no solo fué virgen purísimo, sino que tuvo la gracia de comunicar á otros el amor á esta limpísima y purísima virtud. Si se trata del conocimiento de los secretos del corazon, Antonio no solo penetra los secretos del corazon, sino el corazon de los secretos, como se vió en Florencia, donde predicando las exequias de un avaro, dijo al auditorio: « id al lugar donde ha dejado su tesoro ese infeliz, « y allí hallareis su corazon; porque quiero daros una prueba « sensible del Evangelio que he elegido por asunto: *Ubi est « thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* » Obedecieron al santo, fueron á la casa de aquel difunto, y hallaron con efecto el corazon todavía caliente en medio del dinero. Si se trata en fin de profecias, Antonio ve los sucesos futuros, como si ya se hallaran presentes, y hace reverente obsequio á un escribano por conocer con la luz del cielo que habia de morir mártir, aunque entónces llevaba una vida bien ajena de un buen cristiano.

Ahora pues, señores míos, habiendo Dios autorizado á su amado Antonio con tantas misericordias y favores, fácilmente se deja entender cuán admirables serian los efectos de su predicacion, cuán estupendas y frecuentes las conversiones de los pecadores, y cuán fuera de todo comun estilo las maravillas. Desde el tiempo de los apóstoles dudo que haya tenido la Iglesia quien con mayor fuerza y felicidad haya mantenido sus derechos contra la impiedad y la herejía. No será fácil señalar otro predicador que con el estrépito ruidoso de sus prodigios se haya hecho oír de los pecadores con mas fruto. Los templos mas magníficos de España, Italia y Francia eran estrechos á la multitud inmensa de sus auditorios. Las plazas eran cortas para dar acogida al gentío compuesto de nobles y plebeyos, ricos y pobres, doctos é ignorantes, y en una palabra, de toda clase de personas, edades y empleos. Era menester, para hacer ménos imposible oír al predicador, sacar el púlpito á los campos, y ni

aun allí hubiera sido posible oírle todos, si Dios no diera virtud á su voz para que de todos fuera oída, y renovara aquel antiguo prodigio que vió Jerusalem en el día santísimo de Pentecostés, de que la predicacion que se anunciaba en un solo idioma fuera entendida de todos, y que los portugueses, españoles, franceses, italianos, y otras naciones que asistieron en Roma á sus sermones, le entendieran como si predicara en su propia lengua. ¡Espectáculo ciertamente digno de arrebatarse la admiracion del mismo cielo. Veíanse ántes de amanecer cubiertos los campos de pueblos enteros conducidos en orden y en devotas procesiones por los sacerdotes y obispos. Allí aguardaban con igual deseo al día y al predicador. Saludaban las escasas luces de los primeros albos como mensageras de un planeta de virtud mas vivífica que el mayor del cielo. Salía en fin Antonio de su convento, vestido de un hábito áspero y penitente, enteramente descalzo, macilento el semblante, los ojos modestos y casi cerrados. Llevaba escrita en su rostro la santidad, y toda su exterior apariencia era de una penitencia amable. Apenas desplegaba sus labios, cuando sus oyentes, como si lloviera fuego sobre sus corazones, comenzaban á sentir los interiores incendios del divino amor. Ellos podían decir con Jeremías: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit me* (1); porque mudados repentinamente desterraban los vanos adornos, abandonaban los entretenimientos peligrosos, restituían los bienes mal habidos, perdonaban los agravios, y se arrancaban hasta las raíces mas profundas de los vicios. No se veía por todas partes sino la compuncion: no se oía otra cosa mas frecuente que suspiros: no se miraba en los ojos de los pecadores sino lágrimas. Volvía al tálamo la fidelidad, entraba á reinar la paz en las familias, recobraba sus derechos la religion, triunfaba de la dissolution la modestia, y brillaba en toda su hermosura la castidad.

Dichosos aquellos tiempos, direis vosotros, en que las gentes lograron la felicidad de oír á un predicador tan amado de Dios, tan favorecido de Dios, y tan rico con los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios: dichosos aquellos, y desdichados nosotros que nada de esto vemos. Yo confieso, señores, ingenuamente que no veis con frecuencia sobre los púlpitos unos

(1) *Tren. c. 1. v. 13.*

hombres adornados de las cualidades excelentes de un san Antonio. Tales hombres los escasean los siglos, y forman época entre los varones ilustres que Dios ha manifestado en su Iglesia, para bien universal de todo el mundo. Sí, amados míos, no tenemos dificultad en confesar que distamos mucho de su altísima oracion, de sus extraordinarias penitencias, de su humildad, su mansedumbre, su modestia, su fe, su caridad y su celo. Es indubitable que jamas hemos merecido las tiernas delicias, los castísimos abrazos, los purísimos cariños que el santo tenía con el dulcísimo niño Jesus, con aquel amable Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Sin embargo debeis tener entendido que si no enmendais la vida, si no reformais las costumbres, si no arreglais vuestras operaciones á la santa ley de Dios, no servirá de legítima excusa en el tribunal del Omnipotente decir que no os predicaba san Antonio.

La eficacia de la palabra de Dios no depende de la santidad del predicador: ella por sí misma es viva, es eficaz y penetrante como una espada de dos filos, que llega hasta la division del alma y el espíritu, como decia el apóstol san Pablo. Ella hace oír su voz en esos púlpitos, clamando contra las injusticias, contra las voluntarias detenciones de las causas, contra los embrollos y ocultaciones de la verdad en los procesos: ella condena fuertemente las mentiras, los artificios, los fingimientos, las extorsiones para exigir mas dinero de lo que corresponde al verdadero trabajo. Ella ama la paz, la claridad, la sinceridad, la modestia, la castidad. Ella en fin aborrece todo vicio, y alaba la virtud con la misma fuerza que en los dias de san Antonio. Luego si la palabra de Dios es la misma, si el Evangelio es el mismo, si la ley de Dios no se ha mudado, creédme, vuelvo á decir, vuestra perdicion es cierta, si no haceis lo que os decimos, por mas pecadores que seamos. Sea así que no tengamos aquellas gracias extraordinarias del cielo que publicaban á san Antonio extraordinariamente amado del Señor; pero si nos mirais, segun queria san Pablo, como ministros de Jesucristo, y dispensadores de su divina palabra, esperamos que recibireis sin ceño estas amargas pero saludables verdades. Mas aún esto fué tambien gracia particular de san Antonio, que era amado de Dios, como lo habeis oído; y era amado de los hombres, como lo vais á oír ahora en el